

Capítulo 5

Recordar la revolución: interpretaciones neomarxistas de la revolución alemana de 1918/1919.

Un desafío para la historiografía de la Guerra Fría

RALF HOFFROGGE

¿Cuál es la mejor forma de recordar una revolución? Este capítulo se ocupa de la compleja memoria de la revolución alemana de 1918/1919, que puso fin a la Primera Guerra Mundial y al Imperio. Su recuerdo estuvo polarizado durante la República de Weimar y los años de la Guerra Fría, y la interpretación de los acontecimientos fue crucial para la identidad de una Nueva Izquierda Marxista que resurgió en Alemania Occidental durante el movimiento estudiantil de los años sesenta.

Los miembros de esta Nueva Izquierda la vieron como una revolución fallida o «traicionada».¹ Este motivo de una promesa incumplida se contrapuso a un relato dominante conformado por autores liberales y socialdemócratas, que formularon la revolución de 1918 como una historia de éxito que concluyó con la institución de la primera democracia alemana. La Constitución de Weimar de 1919 se presentó como un consenso entre la clase obrera y la clase media que impidió el surgimiento de una «dictadura soviética». En esta interpretación, el movimiento de los Consejos de Obreros y la Liga Espartaquista de Rosa Luxemburgo se identificaban con el socialismo de estado posterior a 1949. Irónicamente, esta identificación tuvo su paralelismo en la historiografía de Alemania Oriental, donde el Partido Socialista Unificado de Alemania (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, SED) gobernante se atribuyó el cumplimiento de las demandas legítimas de 1918, especialmente las de la Liga Espartaquista y los Consejos de Obreros.

¹ Término tomado de Sebastian Haffner. *Die verrätene Revolution—Deutschland 1918/19* (Hamburgo: Stern, 1968).

De este modo, a pesar de las acerbas guerras de interpretación, los relatos de Alemania Oriental y Occidental solían identificar movimientos con partidos políticos y a presentar una teleología, una historia que culminaba con el sistema político de sus respectivos estados. Con ello, ambos solieron también desatender a los protagonistas históricos de la revolución de 1918: soldados amotinados, obreros huelguistas y mujeres insurgentes que participaron en las huelgas y en motines de subsistencia.

Cuando surgió una Nueva Izquierda a partir del movimiento estudiantil de Alemania Occidental de los sesenta, las masas insurgentes y su expresión organizativa (el movimiento consejista) pasaron a ser centro de atención. Sin embargo, esta nueva generación tuvo serias dificultades para reinterpretar los acontecimientos cuarenta años después. Los contemporáneos de 1918, si es que habían sobrevivido, solían ponerse del lado de uno de los relatos oficiales. Muchos comunistas y socialistas radicales fueron asesinados o exiliados durante el nazismo, mientras que otros se trasladaron a Alemania Oriental en los años cincuenta. Sin continuidades organizativas ni personales, la nueva generación tuvo que reconstruir la imagen de la revolución a partir de fuentes escritas. Este capítulo expone que, por este motivo, las ediciones clandestinas de publicaciones históricas sobre la revolución cobraron una especial relevancia. A diferencia de Francia e Italia o incluso Gran Bretaña, donde los conceptos históricos o teóricos del marxismo se interpretaron dentro del marco organizativo de un partido comunista o en vinculación con él, los jóvenes radicales alemanes se enfrentaron «en soledad» con los textos —ya en 1968, Günter Grass criticaba al movimiento estudiantil de Alemania Occidental por ser una *angelesene Revolution* («una revolución adquirida a través de la lectura»)². Dado que la mayoría de los materiales para leer estaban agotados y eran difíciles de conseguir, las ediciones clandestinas se convirtieron en un instrumento importante para apropiarse del pasado, un medio central para una cultura marxista de la historia que se reinventó desde cero.

A la hora de mirar a la revolución alemana, para la Nueva Izquierda fueron muy influyentes las obras de Richard Müller, sindicalista y

2 G. Grass. «Die angelesene Revolution. Rede auf einer Veranstaltung des demokratischen Hochschulbundes in Bochum [1968]», en *Essays, Reden, Briefe, Kommentare* (Darmstadt: Luchterhand, 1987), pp. 297-311.

protagonista del movimiento consejista.³ Los tres volúmenes de Müller *Vom Kaiserreich zur Republik* (Del Imperio a la República) se reeditaron y fueron muy leídos al menos desde 1969, por el desafío que planteaban a la historiografía de la época de la Guerra Fría.⁴ En este capítulo pretendo dibujar el redescubrimiento de Müller como ejemplo con el que ilustrar la tesis de que el restablecimiento de una cultura marxista de la historia afrontó muchas dificultades en Alemania Occidental, no solo por ser un país de frontera en la Guerra Fría, sino también por el hecho de que las brechas generacionales se hicieron más profundas en él por la derrota total del movimiento obrero alemán en 1933 y por el deterioro de los *milieus* obreros en los cincuenta.

La revolución alemana y el nacimiento del comunismo

La fundación de un partido comunista alemán, aliado con la revolución rusa en la víspera de año nuevo de 1918, fue el primer paso hacia la institucionalización del comunismo fuera de Rusia y la posterior incorporación de los comunistas alemanes a la Tercera Internacional en 1919, preparó el escenario para un movimiento comunista global. En ese momento, el joven KPD (Partido Comunista de Alemania) era una fuerza independiente y tenía plena autonomía. A pesar de proporcionar respaldo económico, la Tercera Internacional, con sede en Moscú, no disponía de la logística para controlar a su aliado alemán.

A pesar de ello, la historiografía alemana posterior a 1949 identificó el KPD y su precursora, la Liga Espartaquista, con el comunismo soviético. Para los historiadores de Alemania Occidental, no fue el nazismo

- 3 La recepción de las obras de Müller se ha analizado con detalle en otro trabajo, aquí solo se ofrece un resumen. Para saber más, véase R. Hoffrogge. *Working-Class Politics in the German Revolution: Richard Müller, the Revolutionary Shop Stewards and the Origins of the Council Movement* (Leiden: Brill, 2014), pp. 197-211. Una reconstrucción en profundidad de la historiografía alemana sobre la revolución de 1918, en W. Niess. *Die Revolution von 1918/19 in der deutschen Geschichtsschreibung. Deutungen von der Weimarer Republik bis ins 21. Jahrhundert* (Berlín: De Gruyter, 2013).
- 4 R. Müller. *Vom Kaiserreich zur Republik* (Viena: Malik, 1924), *Die Novemberrevolution* (Viena: Malik, 1924) y *Der Bürgerkrieg in Deutschland - Geburtswehen der Republik* (Berlín: Phöbus-Verlag, 1925).

sino el comunismo lo que causó la división de Alemania. La experiencia de una nación desgarrada por el conflicto político evocaba imágenes del pasado: las luchas entre socialdemócratas y comunistas que se intensificaron para convertirse en enfrentamientos armados en 1919 y que resurgieron en la Gran Depresión tras 1929 parecían presagiar ya la división de Alemania. La atención prestada a los partidos como agentes en la formación del estado en 1919 y 1949 dificultó ver la revolución alemana como un movimiento social con raíces más profundas que trascendieron la política partidista. Sin embargo, la historiografía de Weimar ya se anticipó a la hora de dar esa prioridad a los partidos políticos.

Memorias de la revolución

En los años veinte, las memorias fueron el medio principal para dar forma a la memoria pública sobre los acontecimientos de 1918. Aunque así, ni las memorias ni otros medios de conmemoración lograron establecer una memoria nacional unificada. A diferencia de lo que sucedió en Francia y Gran Bretaña, en Alemania no hubo un «Día del Armisticio» que reuniera diferentes *milieus* y opiniones políticas en una interpretación común del pasado. Aunque hubo intentos de establecer un *Verfassungstag* republicano en Alemania, un festivo en celebración de la Constitución,⁵ los partidos políticos ni siquiera fueron capaces de acordar convertir la jornada en festivo nacional. Si bien los partidos de derecha y conservadores pudieron aceptar el sistema parlamentario, en términos de representación cultural, su germanidad estaba vinculada con la monarquía y el imperio. Tanto es así, que los partidos conservadores consiguieron incluso impedir que el Estado alemán se denominara «República», con lo que mantuvo el nombre de «Deutsches Reich» (Imperio alemán). Así las cosas, los socialdemócratas alemanes se quedaron solos en la defensa del *Verfassungstag*. Y, si la derecha política se lamentaba por el imperio perdido, el partido comunista se negaba a celebrar una constitución que consideraba un documento burgués y obstáculo para la revolución mundial.

5 R. Poscher. *Der Verfassungstag* (Baden Baden: Nomos, 1999).

La literatura de memorias sobre la revolución fue buen reflejo de esta fragmentación política. Los autores socialdemócratas destacaban el papel moderador de su partido, mientras que los intentos de la derecha o la izquierda políticas por cambiar el curso de los acontecimientos se equiparaban con «*putsch*», golpes de estado de extremistas.⁶

La derecha política, por su parte, no solo ensalzaba como empresa masculina y heroica la guerra, sino también la violencia contrarrevolucionaria de los años de 1919 a 1921. Esta violencia, la ejercida por los *Freikorps* paramilitares, a menudo se dirigió contra civiles —por ejemplo, en la huelga general de marzo de 1919, cuando 1200 civiles fueron asesinados tan solo en la ciudad de Berlín—. ⁷ Al no mencionar que los *Freikorps* sirvieron en la mayoría de los casos a un gobierno socialdemócrata, el relato común a la derecha presentaba la violencia como necesaria para combatir una amenaza «bolchevique» o «espartaquista» dirigida contra la integridad de la nación alemana. Se identificaba a los espartaquistas con la antigua enemiga, Rusia, a partir del uso de propaganda de los años de la guerra, que presentaba a los rusos como bárbaros incivilizados, transformados ahora en anticomunistas. De este modo, la identificación de la revolución alemana con el comunismo soviético comenzó muy temprano y la literatura socialdemócrata y la de derecha compartieron sentimientos de animadversión hacia Rusia. La izquierda, por su parte, alabó la revolución rusa, subrayando la legitimidad de la rebelión armada y la creación de Consejos de Obreros y de Soldados como representantes genuinos de la mayoría de la población. También puso de relieve la brutalidad de los *Freikorps* de derecha y la escalada de los acontecimientos hacia la guerra civil.

En resumen, la República de Weimar, lastrada con la memoria de una guerra mundial y una posterior guerra civil que vaciló entre revolución y contrarrevolución, no fue capaz de instituir una memoria republicana. En su lugar, la historiografía en sí fue prácticamente territorio de guerra, con facciones atrincheradas en posiciones inamovibles.

6 P. Scheidemann. *Der Zusammenbruch* (Berlín: Verlag für Sozialwissenschaft, 1921), pp. 230, 235.

7 D. Lange. *Massenstreik und Schießbefehl. Generalstreik und Märzkämpfe in Berlin 1919* (Münster: Edition Assemblage, 2012).

En lo tocante a las culturas marxistas de la historia, hay que añadir una observación: un cambio en la historiografía estrechamente relacionado con la «bolchevización» del Partido Comunista de Alemania en 1924/1925. En ese momento, el KPD admitió por fin que la revolución había terminado y puso fin a los intentos de organizar un levantamiento armado. Con la bolchevización, el Partido se distanció de las ideas de Rosa Luxemburgo, abandonó la noción de la «espontaneidad de las masas» y abrazó la teoría del partido de vanguardia del leninismo que enseguida canonizó el propio Stalin como «marxismo-leninismo». Aunque el partido tuvo libertad de debate hasta 1926 y la «bolchevización» no puede equipararse con «estalinización», la pérdida de democracia dentro del partido se reflejó en la memoria histórica. La historia comunista oficial de la revolución alemana se publicó en 1929 con el título de *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution*, editada por un grupo de autores anónimos.⁸ El libro destacaba las huelgas de masas y la revolución como medidas justificadas ante el temor a la Gran Guerra, aunque terminaba presentando la fundación de un partido comunista alemán como el resultado más importante de esa revolución.

De esta forma, no solo minimizaba los movimientos de masas espontáneos como el movimiento consejista, sino también grupos organizados de resistencia como el de los Delegados revolucionarios de empresa, un grupo sindicalista que organizó las huelgas masivas de los años 1916-1918 y que estuvo encabezado por Richard Müller, autor de *Vom Kaiserreich zur Republik*. La «Historia Ilustrada» definió un relato de la revolución en el que el partido era la única articulación de la política obrera. Además, dado que el partido socialdemócrata SPD «traicionó» a las masas, el KPD y su precursora, la Liga Espartaquista, eran los únicos representantes auténticos de la clase obrera.

Cabe destacar que se publicaron muy pocas memorias relacionadas con la perspectiva de los movimientos consejistas o los motines de soldados. Dos de esos autores, Emil Barth y Richard Müller, eran miembros de los Delegados revolucionarios de empresa.⁹ Mientras que Barth solía

8 Anónimo. *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution* (Berlín: Internationaler Arbeiter-Verlag, 1929).

9 E. Barth. *Aus der Werkstatt der deutschen Revolution* (Berlín: A. Hoffmann's Verlag, 1919).

presentarse como el único organizador de los acontecimientos, Müller trató de caracterizar a los Delegados revolucionarios de empresa como la expresión organizativa de un descontento generalizado de la clase obrera que no estaba representada ni por los socialdemócratas ni por la Liga Espartaquista.

Mientras que el relato personal de Barth podría utilizarse como prueba del mito de la puñalada en la espalda de la derecha,¹⁰ los tres volúmenes de Müller presentaban un relato de la autoorganización de los trabajadores. En este proceso, los sindicatos fueron el punto de partida de huelgas de masas organizadas de forma autónoma y los partidos políticos solo sirvieron de «plataforma». Esto se mantuvo como una rareza en la historiografía de Weimar. Aunque el autor se presentaba con un homenaje a Lenin,¹¹ su relato cuestionaba toda perspectiva «leninista» posterior de la revolución. El KPD, en el que Müller fue coordinador de asuntos sindicales hasta 1921, rechazó su trabajo histórico por ser una «empresa privada» antes incluso de su publicación.¹²

Barth era fontanero y Müller, tornero. Ninguno de los dos había publicado un libro antes, aunque Müller había escrito algunos panfletos siendo sindicalista. La falta de memorias o historias de activistas del movimiento consejista debe atribuirse al hecho de que sus miembros eran trabajadores sin educación formal (o soldados con origen obrero). Aunque hay memorias de soldados, en su mayoría fueron escritas por oficiales instruidos que, en su mayoría, simpatizaron con la derecha y esta extrema derecha logró imponer su relato como la interpretación dominante mucho antes de 1933. Los nazis solo tuvieron que canonizarla: un glorioso ejército alemán apuñalado en la espalda por el *Novemberverbrecher* («los criminales de noviembre»), caracterizado como un grupo de socialistas (en la mayoría de las versiones, con énfasis en su origen

10 Richard Müller censuró el relato personal de Barth por contribuir a la «falsificación de la historia» por parte de «quienes tienen motivos para ocultar su culpa histórica a las personas y a la historia» (Müller, *Vom Kaiserreich... op. cit.*, p. 8). Su concepto de los Delegados como un grupo estrecho de revolucionarios encabezado por Barth se correspondía con las teorías de la conspiración de la extrema derecha.

11 Müller. *Vom Kaiserreich... op. cit.*, p. 9.

12 Hoffrogge. *Working class politics, op. cit.*, p. 186.

judío).¹³ Este revanchismo brindó legitimidad para la siguiente guerra, una guerra que iba a saldarse con la rendición incondicional de Alemania en 1945 y su posterior división entre las potencias victoriosas.

La revolución alemana en Alemania Occidental

Con la formación de dos estados alemanes en 1949, la división del movimiento obrero se institucionalizó no solo en forma de partidos rivales, sino también, en estados rivales. Ambos se enfrentaron a la tarea de escribir una historia propia, rompiendo con los relatos militaristas y antisemitas del nazismo. Aunque los historiadores de Alemania Occidental no pudieron aceptar la responsabilidad del estallido de la Primera Guerra Mundial hasta la controversia Fischer de 1961,¹⁴ ya no se podía seguir ensalzando la «Gran Guerra». Tanto en el Este como en el Oeste, finalmente la guerra fue reconocida como una catástrofe y eso le otorgó legitimidad histórica, aunque tardía, a la revolución de 1918. Los conservadores de Alemania Occidental abandonaron sus posiciones abiertamente antirrepublicanas, respaldaron el relato demócrata y, cuando la disciplina de la historia del tiempo presente se consolidó como campo de investigación con el nombre de *Zeitgeschichte*, el año 1918 marcó la línea divisoria para el comienzo de ese nuevo campo de la historia contemporánea.

Esta nueva historia de la «República Federal de Alemania» se inspiró en las memorias socialdemócratas y, en términos más reducidos, liberales elaboradas en los años veinte. La historia de una revolución como instauración de la democracia pasó a ocupar el papel protagonista de la memoria histórica que no había logrado en la época de Weimar. La revolución de 1918 se caracterizó como un acontecimiento necesario, que puso fin al *Sonderweg* (vía particular) alemán y condujo a la nación a una democracia de estilo occidental.¹⁵ Caracterizar la República

13 Niess. *Die Revolution...* *op. cit.*, pp. 125-50.

14 F. Fischer. *Germany's Aims in the First World War* (Nueva York: W. W. Norton, 1968).

15 Esta versión se popularizó de nuevo en la Alemania reunificada, véase H.A. Winkler. *Germany: The Long Road West*, vol. 1: 1789-1933 (Oxford: Oxford University Press, 2006); Winkler. *Germany: The Long Road West*, vol. 2: 1933-1990

de Weimar de «occidental» y moderna permitió también identificar al movimiento consejista, a la Liga Espartaquista y a toda corriente política a la izquierda de la socialdemocracia como parte de una tradición «oriental» y autoritaria. Esta perspectiva, a su vez, permitió a los historiadores escribir la historia de su nación como parte del Occidente «ilustrado», a pesar de las atrocidades recientes del nazismo que encargarían en cualquier definición de «barbarie». También permitió negar toda legitimidad al estado rival de Alemania Oriental e hizo juego con el *Alleinvertretungsanspruch* (representación exclusiva), una ficción jurídica que declaraba a Alemania Occidental como la única representante del pueblo alemán. El estado de Alemania Oriental se presentaba como una dictadura totalitaria, controlada por el poder militar soviético (no se la aceptaba como estado soberano y los periódicos privilegiaban el uso del término «zona soviética»).

El concepto de totalitarismo equiparaba el nazismo con el comunismo, enemigos ambos de la democracia liberal. Esto dio argumentos a la pretensión de que los Consejos de Obreros y el joven partido comunista que boicotearon la elección de una asamblea nacional en 1919 solo podrían haber resultado en una «dictadura soviética». Hasta mediados de los cincuenta, se siguió haciendo referencia a los Consejos con el término *Rätediktatur*.¹⁶

Al caracterizar a los Consejos de autoritarios o, en una variación del mismo tema, de fuerza caótica que amenazaba la democracia, se legitimaron su represión militar en 1919 y 1920, así como las numerosas bajas civiles que conllevó. La coalición de orden entre el gobierno socialdemócrata y los *Freikorps* de derecha fue considerada necesaria para salvaguardar la democracia. Los enfrentamientos violentos se

(Oxford: Oxford University Press, 2007). Véase también S. Berger. «Rising Like a Phoenix ... The Renaissance of National History Writing in Germany and Britain Since the 1980s», en S. Berger y C. Lorenz (eds.) *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in Modern Europe* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010), pp. 426-451.

16 K.D. Erdmann. «Die Geschichte der Weimarer Republik als Problem der Wissenschaft, *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*», 3, 1955, pp. 1-19. Véase también W. Tormin. quien, aunque hizo algunos matices sobre los Consejos, siguió hablando de su «dictadura»: *Zwischen Rätediktatur und sozialer Demokratie, Die Geschichte der Rätebewegung in der Deutschen Revolution* (Düsseldorf: Droste, 1955).

achacaron exclusivamente al partido comunista y su retórica de la revolución armada. Fue un discurso polarizado en el que solo tuvieron importancia marginal autores como Ossip K. Flechtheim, quien en su obra de 1948 sobre el KPD de Weimar insistía en la naturaleza democrática del primer comunismo luxemburgués inspirado en los Consejos de Obreros.¹⁷

La revolución de 1918 en Alemania Oriental

Cabría esperar que, en la República Democrática de Alemania, la revolución alemana se presentara como revolución socialista, lamentablemente fallida. Sin embargo, no fue ese el caso: los historiadores de Alemania Oriental coincidieron en considerar la revolución de 1918 como una *Bürgerliche Revolution*, una revolución burguesa que fundó un estado burgués. Esta interpretación se hizo canónica siguiendo un apartado del «breve curso» sobre la historia del partido comunista de la Unión Soviética. Stalin afirmaba que, a diferencia de lo que sucedió en Rusia, los Consejos de Obreros de Alemania fueron «herramientas sumisas» dominadas por los «mencheviques» en lugar de por los comunistas.¹⁸ En consecuencia, para la historiografía de Alemania Oriental, el logro principal de la revolución fue la formación de un partido comunista.

Esta versión reducía todavía más la perspectiva de la *Illustrierte Geschichte* de 1929, un relato que también sobrestimaba la influencia de la Liga Espartaquista y desatendía la naturaleza espontánea de los Consejos y las huelgas de masas. En 1956, uno de los autores de *Illustrierte Geschichte*, Albert Schreiner, se convirtió en director del Museum für Deutsche Geschichte, el museo central de historia nacional de la RDA. Desde ese puesto, era responsable de la exposición sobre los años de 1917 a 1945 y eso lo convirtió en una figura destacada en la definición de la historia contemporánea en Alemania Oriental. Ha de tenerse en cuenta que, en Alemania Oriental, la *Zeitgeschichte* arrancaba con la revolución rusa de 1917, y no con la revolución alemana. Con todo, la biografía

17 O.K. Flechtheim. *Die KPD in der Weimarer Republik* (Fráncfort: Bollwerk-Verlag, 1948).

18 J.V. Stalin. *The History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks)* (Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1939).

de Schreiner encaja a la perfección con una definición de *Zeitgeschichte* popular en Alemania Occidental como «investigación histórica sobre un momento que los contemporáneos todavía recuerdan».¹⁹ Schreiner, que en 1918 había sido miembro de la Liga Espartaquista,²⁰ estaba dispuesto a aceptar la tarea asignada por el partido a la escritura histórica, pero al mismo tiempo fue uno de los pocos que no aceptó su reducción por el dogma estalinista, como mostrarían debates posteriores.

Una memoria dividida

En los años cincuenta, mirar hacia 1918 parecía causar tantas divisiones como en la década de 1920. Pero había ciertas diferencias: la interpretación de la extrema derecha había pasado a ser marginal y los diferentes relatos habían pasado de ser cuestiones de partido a asuntos de estado. A pesar de no haberse resuelto todas las controversias, un «compromiso histórico» de historiadores conservadores y socialdemócratas instituyó la *Zeitgeschichte* en el Oeste. Ahora que la mayoría de los intelectuales conservadores habían abandonado la monarquía y el imperio como símbolos culturales de unidad, la Constitución de Weimar pasó a ser considerada como un logro y el prototipo de la RFA. En el Este, el terreno estaba bajo control de los miembros del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) gobernante en el que se había fusionado el KPD. En este caso, el control incluía un sistema de censura disfrazado de proceso formal de revisión entre pares: todas las publicaciones debían ser aprobadas por dos historiadores y editores de confianza, con una fuerte influencia del Estado.²¹

A pesar de esta diferencia en el grado de libertad académica y de la oposición acerca de ambas narrativas, los dos relatos compartían algunos rasgos. Ambos eran historias partidistas, no siempre en el sentido literal de orientarse abiertamente hacia un partido político, sino en cuanto atribuían a los partidos el papel decisivo en la revolución alema-

19 H. Rothfels. «Zeitgeschichte als Aufgabe», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1, 1953, pp. 1-8, aquí: p. 2.

20 M. Keßler. *Albert Schreiner: Kommunist mit Lebensbrüchen* (Berlín: Trafo, 2014).

21 Información personal proporcionada por el profesor Ingo Materna, antiguo subdirector del Museum für Deutsche Geschichte de Berlín Oriental.

na. También ambos relatos se involucraron en un proceso de formación del estado y tenían una fuerte función legitimadora. Ambos tendieron a presentar su estado respectivo como la culminación de las ideas de 1918: instituciones democráticas y un «estado social» en el Oeste, «estado socialista» y «democracia popular» liderados por el partido nacido de la revolución, en el Este.

Las similitudes estructurales de ambos relatos también les hicieron tener zonas ciegas en común. Así, se restó importancia al movimiento consejista, que fue distorsionado como «menchevismo» en el Este y como «dictadura soviética» en el Oeste.

Richard Müller y su desafío a la historiografía de la Guerra Fría

Al restar importancia a los Consejos y otras formas de protesta popular, los relatos de la Guerra Fría sobre la revolución alemana suprimían el papel de la clase obrera —a pesar de que tanto el SED, defensor de la socialdemocracia, como los democristianos se atribuían en cierta medida la representación de los trabajadores—. Así, parece congruente que en los dos estados alemanes los tres volúmenes de *Vom Kaiserreich zur Republik* de Richard Müller se dejaran a un lado. Fue utilizado por el gran volumen de fuentes ausente en otras memorias, pero no se entró en el que era el tema central de Müller, que escribió la historia de la revolución desde el punto de vista de las bases del sindicato de los metalúrgicos de Alemania (DMV). Müller esbozó cómo los miembros del sindicato y sus organizadores de rango medio se rebelaron contra los dirigentes partidarios de la guerra, formaron una red de coordinación que más tarde adoptó el nombre de Delegados revolucionarios de empresa y organizaron huelgas masivas. El movimiento consejista se desarrolló a partir de esas huelgas: en paralelo, pero con independencia de los soviéticos rusos. En el relato de Müller, fueron los propios trabajadores los que actuaron, dejando a un lado a los partidos políticos: el SPD había perdido credibilidad por su posición a favor de la guerra, la Liga Espartaquista y el joven KPD no tenían bases en las fábricas, y el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), contrario a la guerra, conformó opinión pública, pero no fue más que una «plataforma» para los sindicalistas insurgentes.

El relato de Müller fue ignorado por dos razones. En primer lugar, su corriente política no contaba con ningún sucesor institucional interesado en la construcción de tradiciones y su partido (el USPD) se había disuelto en 1922, cuando el ala izquierda se unió a los comunistas y el ala moderada, al SPD. Por otro lado, la existencia de Consejos de Obreros que no estaban dirigidos por partidos políticos ni eran equiparables a los «soviets» como en la «Unión Soviética» era impensable en el contexto de la Guerra Fría en los cincuenta.

El discurso secreto de Jrushchov y la primera fragmentación de la memoria dividida

El discurso secreto en el que Jrushchov denunciaba los crímenes de Stalin en 1956 ha sido señalado como punto de partida para una «Nueva Izquierda», no solo en Gran Bretaña, sino también en otras partes de Europa occidental. No obstante, la desestalinización de la Unión Soviética también fue un poderoso impulso para la reescritura de la historia de la revolución alemana.

En Alemania Oriental, la desestalinización comenzó con una nota publicada en el periódico del partido *Neues Deutschland*, para anunciar que las obras del camarada Stalin ya no podían considerarse dignas de contar entre los «clásicos del marxismo-leninismo».²² Esto dio pie a historiadores como Albert Schreiner, que hasta ese momento habían seguido la versión oficial, para librarse del «curso breve» de Stalin y las limitaciones de sus supuestos. Schreiner puso en marcha un debate para rehabilitar el movimiento consejista y presentó esta forma de acción de la clase obrera como evidencia de que la revolución de 1918 no fue una revolución burguesa.²³ Hay que señalar que el debate se detuvo desde arriba, cuando Walter Ulbricht, secretariado del Comité Central del SED, intervino personalmente con sus «Tesis sobre la revolución

22 W. Ulbricht. «Über den XX. Parteitag der Kommunistischen Partei der Sowjetunion», *Neues Deutschland*, 4 de marzo de 1956.

23 Véase M. Keßler. *Die Novemberrevolution und ihre Räte—Die DDR-Debatten des Jahres 1958 und die internationale Forschung* (Berlín: HellePanke, 2008) y Niess. *Die Revolution... op. cit.*, pp. 338-52).

de noviembre» y manifestó que no fue una revolución socialista.²⁴ Esta versión fue adoptada por el SED en 1958 y fue canónica hasta 1989.²⁵ Hubo publicaciones que trataron de eludir el dogma, recurriendo a la perspectiva de Ulbricht de que, a pesar del carácter burgués de la revolución de noviembre, se recurrió en ella a «medios proletarios». Esto, hay que señalar, se acercaba al argumento de Richard Müller, por el que no era una revolución burguesa ni proletaria, sino «una mezcla de ambas».²⁶ Sin embargo, por supuesto, la investigación de esta tradición no atribuía la interpretación a Müller ni se opuso nunca abiertamente a la versión canónica.²⁷

Paradójicamente, la descanonización de las obras históricas de Stalin demostró ser mucho más fructífera en Alemania Occidental. Creó margen para que los historiadores socialistas agrupados en torno al ala izquierda de la socialdemocracia cuestionaran la validez de identificar el movimiento consejista de 1918 con la posterior Unión Soviética. Uno de esos historiadores fue Fritz Opel, que colaboró estrechamente con el sindicato metalúrgico IG Metall, sucesor directo del DMV de Müller. Opel publicó un pequeño estudio sobre «Los trabajadores metalúrgicos en la guerra y la revolución» en 1957 y reintrodujo a los Delegados revolucionarios como protagonistas históricos, utilizando como fuente las obras de Richard Müller. Le siguieron los trabajos de Peter von Oertzen

24 W. Ulbricht. «Über den Charakter der Novemberrevolution. Rede in der Kommission zur Vorbereitung der Thesen über die Novemberrevolution», *Neues Deutschland*, 18 de junio de 1958.

25 La versión canónica de la historia del partido se resumió en una historia de ocho volúmenes publicada en 1966 por un colectivo editorial liderado oficialmente por W. Ulbricht. *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* (Dietz: Berlin, 1966). Una retrospectiva de la RDA sobre la historiografía marxista de la República de Weimar, en K. Kinner. *Marxistische deutsche Geschichtswissenschaft 1917 bis 1933. Geschichte und Politik im Kampf der KPD* (Berlín [RDA]: Akademie Verlag, 1982).

26 Müller. *Vom Kaiserreich... op. cit.*, p. 7.

27 Una publicación oficial dedicada al estudio más detallado de los Consejos fue la de I. Materna. *Der Vollzugsrat der Berliner Arbeiter- und Soldatenräte 1918/19* (Dietz: Berlin, 1978). Esta obra no cuestionaba directamente la versión oficial, pero un análisis extenso del papel de los Consejos de Obreros sí cuestionaba de forma implícita la historia oficial. Solo se publicó gracias a que Materna se valió de una recomendación del historiador soviético Jakow Drabkin para sortear el proceso de revisión estándar (información proporcionada por Ingo Materna).

y Eberhard Kolb,²⁸ lo que llevó a la rehabilitación del movimiento consejista en Alemania Occidental en torno a 1963. Su relevancia dentro del proceso histórico fue ampliamente aceptada, se perfiló el carácter democrático de los Consejos y se estableció una conexión entre los Consejos de Obreros de 1918/1919 y los «comités de empresa» (*Betriebsräte*) de la legislación laboral de la República Federal²⁹ que, por cierto, no estaban apartados de la agenda política: socialdemócratas de izquierda y al sindicato del metal buscaban una reforma que mejorara las competencias de los comités de empresa e implementara medidas dirigidas a la democracia de la industria. Aquí, parecía de ayuda una nueva historia de los Consejos de Obreros, por lo que los consejos revolucionarios fueron redescubiertos en el marco de una reforma que, sin embargo, no llegó a materializarse: ni los gobiernos de coalición del SPD y los democristianos de 1966, ni el canciller Willy Brandt cambiaron en lo sustancial las atribuciones de los comités de empresa. Con todo, entre 1957 y 1963 se superó en cierto grado el anquilosamiento de la memoria histórica y nótese que este no fue un logro relacionado con la Nueva Izquierda de Alemania Occidental que cobró impulso tan solo cuatro años después, sino que provino de la «Vieja Izquierda» del SPD y los sindicatos.

Una Nueva Izquierda y la revolución alemana

Aunque en Alemania Occidental hubo movimientos sociales e intelectuales asociados con la izquierda ya en los años cincuenta —en especial, los movimientos de protesta contra el rearme y las armas nucleares a partir de 1955—,³⁰ el renacimiento de la izquierda está principalmente asociado con los años 1967 y 1968, cuando una nueva generación multiplicó el grado

28 E. Kolb. *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik, 1918-1919* (Düsseldorf: Droste, 1962); P. von Oertzen. *Betriebsräte in der Novemberrevolution* (Düsseldorf: Droste, 1963).

29 D. Schneider y R. Kuda. *Arbeiterräte in der Novemberrevolution. Ideen, Wirkungen, Dokumente* (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1968), pp. 50-62; Von Oertzen incluyó un artículo sobre esta cuestión en la 2.ª edición de *Betriebsräte in der Novemberrevolution* (Bonn, 1976).

30 Sobre la Nueva Izquierda de Alemania Occidental antes de 1967, véase G. Kritidis. *Linkssozialistische Opposition in der Ära Adenauer. Ein Beitrag zur Frühgeschichte der Bundesrepublik* (Hannover: Offizin, 2008).

de actividad de los movimientos sociales. Aunque participaron trabajadores jóvenes, el movimiento estudiantil fue el núcleo del intento de esta generación por restablecer el contacto con el socialismo. La liga socialista de estudiantes Sozialistische Deutsche Studentenbund (SDS) fue aquí la principal protagonista. Su historia es un buen ejemplo de las fracturas que surgieron entre la vieja y la Nueva Izquierda en Alemania.³¹ La SDS comenzó su andadura como organización estudiantil afiliada al SPD, pero fue expulsada en 1961, cuando sus miembros se negaron a aceptar el Programa de Godesberg de 1959, que suprimía el marxismo del manifiesto del SPD.

Tres años antes, el partido comunista (KPD) había sido prohibido en Alemania Occidental. Después de 1956, algunos cuadros del KPD mantuvieron cierta actividad clandestina y, luego, se fueron acercando a la SDS. Sin embargo, se mantuvo en secreto y la SDS nunca se incorporó al clandestino KPD, no fue solo por razones legales, sino principalmente porque sus miembros querían mantener distancias del marxismo-leninismo ortodoxo. Desconectada de los dos partidos tradicionales de izquierda, la SDS no tenía una cultura marxista de la historia establecida que pudiera heredarse de una generación anterior: tuvo que encontrar su propia posición respecto a las tradiciones y las teorías del marxismo.

El corte de los lazos entre viejos y jóvenes socialistas no fue un problema privativo de la SDS, sino algo característico de la emergente Nueva Izquierda de Alemania Occidental. La vieja izquierda de los sindicatos y la socialdemocracia se había acomodado en la economía del *Wirtschaftswunder*, el milagro económico y los *milieus* proletarios se deterioraron cuando los trabajadores tuvieron acceso al consumismo. La debilidad del KPD en el momento de su prohibición en 1956 suele atribuirse a su inflexibilidad ideológica y a la dependencia de Alemania Oriental, pero bien podría interpretarse como una incapacidad para lidiar con el consumismo de la clase trabajadora y el consecuente deterioro del colectivismo en los años cincuenta.³²

31 T. Fichter y S. Lönnendonker. *Kleine Geschichte des SDS. Der Sozialistische Deutsche Studentenbund von Helmut Schmidt bis Rudi Dutschke*, 4ª ed. (Essen: Klartext-Verlag, 2007).

32 R. Hoffrogge. «Fordismus, Eurokommunismus und Neue Linke. Thesen zu Kontinuitäten und Diskontinuitäten zwischen Arbeiterbewegung und Linker Szene in der BRD», *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, 2012, pp. 249-64.

La Nueva Izquierda de finales de los años sesenta puso en cuestión este compromiso social y arrancó un segundo compromiso sobre memoria nacional: los miembros del viejo movimiento obrero derrotado no habían opuesto resistencia activa cuando un gran número de antiguos miembros del partido nazi y de otras instituciones nacionalsocialistas retomaron sus antiguos puestos después de 1949. La generación joven lo puso en cuestión y, con ello, se hizo molesta para la tregua política de la República Federal basada en la amnesia colectiva. Los jóvenes preguntaron por el partido fascista de sus padres y abuelos, maestros y pastores, y pusieron en cuestión el anticomunismo que mantenía unida a la sociedad de Alemania Occidental. No tenían modelos en las filas de la generación anterior y, como recién llegados, tenían que depender de textos escritos, con lo que el proceso de radicalización estuvo acompañado por una auténtica oleada de *Raubdrucke* o «ediciones clandestinas». ³³ Cuando los editores se negaron a reimprimir textos marxistas y autores como Max Horkheimer y la Escuela de Fráncfort hicieron todo lo posible para suprimir el acceso a sus obras de los años veinte, las ediciones clandestinas se convirtieron en un pilar de una cultura de la nueva historia neomarxista. Su objetivo durante la primera etapa fue retomar los debates que habían sido reprimidos en 1933. Había una gran demanda de teoría, especialmente de cualquier forma de marxismo que no se encasillara en el «socialismo democrático» del SPD ni en el «marxismo-leninismo» del SED. Karl Korsch, Georg Lukacs y Wilhelm Reich no fueron los únicos nombres destacados en estas ediciones clandestinas. Entre 1967 y 1969, también vieron la luz las primeras reimpresiones de Richard Müller. ³⁴ La primera hornada de reimpresiones se realizó utilizando técnicas fotomecánicas, no se cambió el diseño ni la paginación, ni hubo introducciones históricas ni prefacios que reencuadraran la obra en el nuevo contexto. En el caso de Richard Müller, pasaron diez años antes de que se incluyera un prefacio histórico (a cargo de Frank Dingel) en la tercera edición de la editorial de Berlín Occidental

33 U. Sonnenberg. *Von Marx zum Maulwurf. Linker Buchhandel in Westdeutschland in den 1970er Jahren* (Gotinga: Wallstein, 2016), pp. 49-66.

34 Se ha comprobado una reimpresión de *Vom Kaiserreich zur Republik* en 1969. Otras reimpresiones aparecen mencionadas por contemporáneos.

Olle y Wolter.³⁵ En ese momento, se hizo evidente que no era posible retomar los debates marxistas interrumpidos en 1933 sin un proceso de reflexión sobre los cambios históricos que habían tenido lugar en las décadas perdidas.

A la hora de atender el uso de textos en la Nueva Izquierda de Alemania Occidental, es importante tener en cuenta que cincuenta años después de la revolución alemana, todavía quedaban vivos contemporáneos de los acontecimientos, hombres y mujeres alrededor de los setenta años. Sin embargo, fueron muy contados los que hablaron y asumieron la función de intelectuales públicos encargados de guiar a la generación más joven. Uno de esos casos fue el de Karl Retzlaw, nacido en 1896, miembro de la Liga Espartaquista y autor de unas memorias. Es sintomático que ya en 1944 se hubiera publicado una versión en inglés, pero que la edición alemana no apareciera hasta 1971.³⁶ Retzlaw se había convertido en miembro del SPD en 1946, pero no convino con historiografía socialdemócrata dominante, a diferencia de muchos de sus camaradas del Este y del Oeste, que en la Guerra Fría tomaron partido incluso a la hora de contar la historia de su propia vida. Buenos ejemplos en este sentido son los relatos de historia oral de los supervivientes de los antiguos Delegados revolucionarios recopilados por el Instituto de Marxismo-Leninismo de Alemania Oriental en los cincuenta. Estos relatos muestran en qué medida simpatizaban con la política del SED los «veteranos de la clase obrera» entrevistados.³⁷ La mayoría de ellos solía aceptar el SED como encarnación contemporánea de los ideales de 1918

35 R. Müller, *Geschichte der deutschen Revolution*, vol. I, con introducción de Frank Dingel, Olle und Wolter, Berlín (Occidental), 1979. Una primera reimpression «oficial» fuera del ámbito de las ediciones clandestinas se realizó en la editorial Olle and Wolter en 1974. La edición más reciente es de 2011 e incluye los tres volúmenes: R. Müller. *Eine Geschichte der Novemberrevolution* (Buchmacherei: Berlín, 2011). Olle und Wolter, la editorial de las primeras reimpressiones, era una editorial trotskista, véase Sonnenberg 2016, pp. 182, 296 s, en comparación con el maoísmo, el trotskismo era una corriente relativamente pequeña en la Alemania Occidental de posguerra.

36 K. Retzlaw. *Spartakus: German Communists* (Londres, Nueva York y Melbourne: Hutchinson & Co., 1944); K. Retzlaw. *Spartakus–Aufstieg und Niedergang. Erinnerungen eines Parteiarbeiters* (Fráncfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1971).

37 *Erinnerungen*, Bundesarchiv Berlin, SAPMO SgY 30.

y, al referirse al pasado, minimizaban o negaban las diferencias entre la Liga Espartaquista y su antigua organización.

Al mismo tiempo, en Alemania Occidental, la Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes (Asociación de Víctimas del Régimen Nacional-socialista) fue la única organización legal bajo el control de comunistas de los años de Weimar. Por su propia naturaleza, concentró actividades conmemorativas sobre la historia del nazismo y sus crímenes. En esto, como en otros espacios de la memoria histórica, dependía en gran medida de las interpretaciones de Alemania Oriental. Hubo varios intentos de ilegalizar la asociación en casos presididos por jueces que habían sido miembros del partido nazi antes de 1933. Estos acontecimientos no hicieron sino reforzar entre los miembros de la VVN la idea de que Alemania Oriental era el único estado antifascista auténtico, mientras que en el Oeste seguía en el poder un conjunto de defensores de los intereses capitalistas y funcionarios fascistas (una perspectiva que luego sería transmitida a simpatizantes más jóvenes). De este modo, la herencia del nazismo y las controversias sobre sus raíces y continuidades afianzaron la dicotomía de la cultura de la memoria marxista. Al equiparar capitalismo con fascismo e identificar el antifascismo con el comunismo ortodoxo tal y como se ponía en práctica en la RDA, no solo ignoró el fracaso histórico del KPD de Weimar, sino que se obstaculizó cualquier reinterpretación del marxismo.³⁸ La memoria y la historia se convirtieron en un campo de batalla donde todo el mundo debía tomar partido. La presión era tal que los efectos alcanzaron incluso a los estudiantes socialistas de la SDS, sin recuerdos personales de 1918 o 1933 que los afectaran.

¿K de comunismo?

La SDS se escindió en 1970. Ante la rápida expansión del movimiento estudiantil, fue incapaz de mantener la función de organización coordi-

38 Un cuestionamiento temprano de esta interpretación del fascismo que, al mismo tiempo, ponía también en cuestión las visiones canónicas de la revolución alemana fue el de K. Theweleit. *Männerphantasien* (Marburgo: Roter Stern, 1973), edición en inglés, *Male Fantasies* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987). Theweleit analizaba memorias de soldados de los *Freikorps* y determinó un patrón patológico de violencia masculina en la raíz de los movimientos fascistas.

nadora. Así, mientras una facción siguió con un estilo «antiautoritario» de política que dio lugar a una contracultura de comunas y estilos de vida alternativos, otras facciones se convirtieron en las células fundadoras de diversas agrupaciones marxista-leninistas y maoístas, los llamados «K-Gruppen», los «grupos K» llamados así por sus siglas como KB, KBW o KPD/AO; en todos los casos, era la K de *Kommunismus*.³⁹

Todos estos grupos se atribuían ser los sucesores de Liebknecht, Luxemburgo y el KPD de Weimar, aunque seguían una interpretación estalinista y estricta de su tradición. A raíz de la ruptura chino-soviética, los grupos maoístas de todo el mundo utilizaron la imagen de Stalin como símbolo de protesta contra el «revisionismo», que los jóvenes maoístas presentaban como una versión descafeinada del comunismo. Esta fue una respuesta a la orientación reformista de los partidos comunistas tradicionales, a los que no interesaba la existencia de movimientos sociales radicales que escaparan a su control. También era reflejo de la política de «cooperación pacífica» de la Unión Soviética, percibida por los jóvenes radicales como una contrarrevolución que tenía las reformas de Jrushchov a la vanguardia. Así, para redescubrir el verdadero comunismo, en Alemania Occidental se retomó en los años setenta una edición en alemán de las obras completas de Stalin que había sido abandonada dos décadas antes.⁴⁰ Las enseñanzas maoístas sobre la historia del partido se basaban en el «curso breve», incluidas sus valoraciones sobre la revolución de 1918. Esto llevó a la paradoja de que, durante la década de 1970, un sector notable de izquierdistas de Alemania Occidental se socializó siguiendo un relato de 1918 muy similar al relato de los acontecimientos de Alemania Oriental en su expresión más ortodoxa, esto es: los Consejos como defensa del menchevismo y la revolución alemana como una versión fracasada de la gloriosa Revolución del Octubre Rojo, sin la guía de un partido de vanguardia.

Esta tendencia fue reforzada por otro agente clave que heredó cierto potencial del movimiento estudiantil. El partido comunista DKP, Deutsche Kommunistische Partei, se refundó a partir del KPD clandestino en 1968, cuando el clima político se liberalizó. A pesar de que muchos

39 M. Steffen y M. Flörshheimer. «K-Gruppen», en *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, vol. 7/1 (Hamburgo: Argumen, t2008).

40 J.W. Stalin. *Werke*, 15 vols. (Dortmund: Roter Morgen, 1976-1979).

nuevos izquierdistas lo consideraban contrarrevolucionario y optaron por el maoísmo, el DKP consiguió atraer a cuadros más jóvenes y llegó a tener más de 40 000 simpatizantes. Sus enseñanzas sobre la historia del partido y la revolución alemana seguían de cerca la historiografía de la RDA. En última instancia, ni al DKP ni al maoísmo les interesaba un relato desestalinizado de la revolución alemana.

A pesar de que muchos intentos de adueñarse de las tradiciones marxistas en los setenta volvieron a caer en la ortodoxia, la Nueva Izquierda de Alemania Occidental nunca se acercó al pretendido ideal del leninismo ortodoxo: un partido fuerte de vanguardia de la clase obrera. Por el contrario, la segunda etapa del movimiento estudiantil se caracterizó por una total ausencia de unidad organizativa. La izquierda de Alemania Occidental era *milieu* o escenario de un sinnúmero de pequeños partidos rivales, un carácter que distaba mucho del colectivismo de los años veinte que sus seguidores pretendían emular.⁴¹ De hecho, en su lugar, la nueva estructura de pequeños grupos de la izquierda parecía satisfacer el deseo de distinción personal y expresión individual de sus integrantes. Las identidades políticas formadas en las facultades se construyeron en debates teóricos donde el énfasis recaía en los argumentos individuales y no en una experiencia de acción colectiva en el lugar de trabajo, donde la unidad era el primer principio. A pesar de sus apropiaciones del pasado, la izquierda de Alemania Occidental de los años setenta se asemejaba mucho más a la visión posterior de Hardt y Negri de una «multitud» posmoderna que al comunismo de Weimar.

El otro del obrerismo

Mientras que los grupos ortodoxos que surgieron del movimiento estudiantil no pudieron desarrollar una interpretación creativa de la historia de la revolución alemana, el ala antiautoritaria sí lo consiguió. En 1974, Karl Heinz-Roth publicó *Die andere Arbeiterbewegung* (El otro movimiento obrero) en el que ofrecía una interpretación de la historia obrera alemana inspirada en el *operaismo* (obrerismo) italiano.⁴² Esta

41 Véase Hoffrogge, *Fordismus...op. cit.*

42 K.-H. Roth y Elisabeth Behrens. *Die "andere" Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart* (Múnich: Trikont, 1974).

corriente del marxismo subrayaba la autonomía del activismo obrero –especialmente, su independencia de los partidos políticos– que esta interpretación considera dominado por artesanos y trabajadores cualificados como los niveles superiores de la clase obrera y que defendían siempre la integración, en lugar de la rebelión. Para Roth, las huelgas salvajes que precedieron a la revolución alemana y los levantamientos posteriores fueron espontáneas y, por lo tanto, una expresión pura de la mayoría de la clase obrera y de las masas no instruidas ni cualificadas. Con esto, Roth compartía la idea sugerida por Richard Müller de que el movimiento consejista fue una fuerza autónoma y de que la revolución alemana no fue obra de los partidos políticos. No obstante, Roth no consideraba a los Delegados revolucionarios como inspiración de la política contemporánea. Para él, las ideas de Müller sobre comunismo consejista eran «utopías de autoadministración» tecnocráticas.⁴³

Con todo, la interpretación de Roth de la revolución alemana rompía la dicotomía de los relatos de la Guerra Fría. La nueva valoración de los acontecimientos históricos por parte de Roth estuvo inspirada por una ola de huelgas salvajes de 1973. El autor confiaba en que esos acontecimientos sacudieran el entumecimiento ortodoxo de la izquierda y dirigieran la atención hacia las luchas de clases en curso que habían estallado de forma espontánea, no estaban organizadas formalmente ni se ajustaban a la imagen de «clase» que la Nueva Izquierda había heredado de su interpretación distorsionada de la literatura de Weimar. La idea subyacente al análisis de Roth era la intervención en lugar de la reconstrucción: era miembro del denominado «Frente Proletario» que abandonó la táctica de reparto de panfletos en las puertas de las fábricas a favor de estrategias que incluían el trabajo como operarios.⁴⁴ Aunque estas intervenciones no dieron lugar a la revolución social en Alemania, dejaron huella en las luchas obreras y la escena sindical locales, ya que muchos de sus participantes acabaron convertidos en sindicalistas

43 Aquí, Roth se hizo eco de los críticos contemporáneos de Müller, para los que su concepción de una economía basada en concejos era «esquemática» y estaba obsesionada por los detalles, mientras que Müller parecía desatender la lucha por el poder político, véase (2014, pp. 63, 110).

44 D. Lange. «Interview with Karl-Heinz Roth», *Arbeit–Bewegung–Geschichte. Zeitschrift für historische Studien*, I, 2016.

a tiempo completo.⁴⁵ En lo que respecta a la historiografía, Roth y otros autores –concentrados alrededor de la revista de izquierda radical *Autonomie*– abrieron un debate sobre la composición cambiante en la historia de las «clases».⁴⁶ Al igual que Richard Müller cincuenta años antes, el *operaismo* de Alemania Occidental se negó a equiparar a la clase obrera con los partidos y sus dirigentes y, en su lugar, demandó un modo específico de políticas y formaciones de clase. Este debate no solo dejó huellas dentro de la izquierda radical, sino que también se enfrentó a la nueva *Sozialgeschichte* alemana, una historia social emancipada unos años antes de la historia política y dominada por historiadores socialdemócratas como Hans-Ulrich Wehler.⁴⁷ Inspirándose en fuentes italianas y en el historiador británico de la Nueva Izquierda, E. P. Thompson, se introdujeron en el debate fenómenos como el rechazo al trabajo, la rotura de máquinas y otras prácticas hasta ese momento ampliamente ignoradas por la historia social y que ampliaban los conceptos de la historia obrera.

Además de estas innovaciones en el campo de la historia social, autores como Reinhard Rürup y Hans Mommsen entre otros continuaron en los años ochenta los debates sobre la historia política de la revolución alemana iniciados por Eberhard Kolb y Peter von Oertzen. La revolución alemana se presentaba como una «tercera vía» entre capitalismo y comunismo, y se dio continuidad a debates anteriores sobre el movimiento consejista como inspiración del reformismo social.⁴⁸ Mommsen y Rürup eran miembros del SPD y el último, además, de su Comisión Histórica, establecida en 1982. Mientras que la izquierda socialdemócrata pudo integrar sus relatos sobre la revolución alemana en sucesivos debates sobre la reforma política de los años sesenta y ochenta, no le ocurrió lo mismo a la izquierda radical. Por un lado, le faltaban los

45 J. O. Arps. *Frühschicht. Linke Fabrikintervention in den 70er Jahren* (Hamburgo: Assoziation A, 2011).

46 Se publicó entre 1975 y 1985: *Autonomie–Materialien gegen die Fabrikgesellschaft* (Múnich: Trikont).

47 H.-U. Wehler. *Moderne deutsche Sozialgeschichte* (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 1966).

48 Véase R. Rürup. «Demokratische Revolution und “dritter Weg”: Die deutsche Revolution von 1918/19 in der neueren wissenschaftlichen Diskussion», *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 9, 2, 1983, pp. 278-301.

recursos de institucionalización académica: aunque algunos marxistas como Wolfgang Fritz Haug, Elmar Altvater, Georg Fülberth y Frank Deppe consiguieron la titularidad, solo les fue posible hacerlo en departamentos de ciencias sociales y filosofía, no de historia.⁴⁹ No obstante, los principales obstáculos para una cultura marxista de la historia no fueron las puertas cerradas de la academia, sino la falta de un relato común sobre la revolución alemana, resultado de la división en facciones de la Nueva Izquierda.

Resumen

Aunque hoy en día es comúnmente aceptada la idea de que cada interpretación de la historia está guiada por los intereses y las perspectivas del presente de los historiadores, es importante observar el enorme peso que tuvieron los enfrentamientos entre facciones políticas en la historiografía sobre la revolución de 1918 de la Alemania de posguerra. En los años cincuenta y hasta mediados de los sesenta, la cercanía del escenario de la Guerra Fría no permitió el surgimiento de una cultura marxista de la historia auténtica y autorreflexiva. De este modo, la imagen de la revolución alemana permaneció bastante inalterada durante la década de 1950, con la notable salvedad de la rehabilitación del movimiento consejista por parte de los socialdemócratas de izquierda entre 1957 y 1963, posible gracias a la desestalinización.

La influencia de la Guerra Fría en la historiografía y la cultura de la historia se vio agudizada por el peso de la derrota histórica del que una Nueva Izquierda tuvo que librarse en su emancipación de la generación anterior. La destrucción total del movimiento obrero en

49 Para obtener la titularidad en el sistema de universidades público de Alemania Occidental, los candidatos debían ser propuestos por la universidad y luego aprobados por el gobierno del estado federado (*Bundesland*) correspondiente. Una red académica marxista con vínculos estrechos con el partido comunista DKP fue la de la Escuela de Marburgo. Algunos de sus miembros también publicaron trabajos sobre historia obrera, en los que la historia de los sindicatos alemana fue tan influyente como controvertida. Véase F. Deppe, G. Fülberth y J. Harrer. *Geschichte der deutschen Gewerkschaftsbewegung* (Colonia: Pahl-Rugenstein, 1977). Sobre la Escuela de Margurgo, véase L. Peter. *Marx an die Uni. Die "Marburger Schule". Geschichte, Probleme, Akteure* (Colonia: PapyRossa, 2014).

1933 y su incapacidad para evitar el fascismo transformaron el orgullo del socialismo alemán como corazón del marxismo en sentimiento de culpa. A diferencia de lo que sucedió en Italia y Francia –donde la realidad y el mito de la resistencia comunista y de los partisanos antifascistas le sirvieron a una nueva generación para restaurar la dignidad del comunismo–, los herederos del comunismo alemán carecían de ese heroico final. Así, cuando la tradición del marxismo alemán terminó en derrota, el Octubre Rojo y el presidente Mao resultaron tentadoras tradiciones de sucedáneo de las que una nueva generación podía adueñarse. La escasa historia oral existente para la revolución de 1918 se sumó a esta fractura de la tradición. Muchos de los protagonistas de 1918 no sobrevivieron al fascismo y la guerra, y los supervivientes sintieron el peso de la derrota más incluso que la generación más joven. En Alemania Occidental, lo habitual fue que se alinearan bien con el marxismo-leninismo o bien con la socialdemocracia, culpando a menudo a la otra parte de la derrota de 1933. Además, la transformación social de Alemania Occidental –y, en menor grado, de Alemania Oriental– hacia la conformación de sociedades guiadas por la promesa del consumismo bienestarista debilitó las raíces mismas del movimiento obrero: la privación colectiva como terreno común para la política colectiva. Este proceso ya comenzó en los años cincuenta y reforzó las tendencias hacia la retirada a la vida privada nacidas durante el nazismo, cuando la política pública estaba bajo el control del estado. Veinte años después y a pesar de los primeros signos de crisis en la recuperación económica de la posguerra, el término «clase» no era una realidad obvia para un joven cualquiera de veinte años que entrara en contacto con el marxismo, otro factor decisivo de las rigideces ideológicas y las identidades prestadas de los «K-Gruppen» y otras formaciones de la Nueva Izquierda de Alemania Occidental en esos años. El resurgimiento de una cultura marxista de la historia en Alemania Occidental, por lo tanto, fue un proceso fragmentado y caracterizado por rupturas y eslabones rotos, y se basó en la exégesis de textos en lugar de en tradiciones de la historia oral o la memoria organizativa de organizaciones obreras.⁵⁰

50 Véase Hoffrogge, *Working class... op. cit.*

Referencias

- Arps, J. O. *Frühschicht. Linke Fabrikintervention in den 70er Jahren* (Hamburgo: Assoziation A, 2011).
- Berger, S. «Rising Like a Phoenix ... The Renaissance of National History Writing in Germany and Britain Since the 1980s», en S. Berger y C. Lorenz (eds.) *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in Modern Europe* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010), pp. 426-51.
- Deppe, F., Fülberth, G. y Harrer, J. *Geschichte der deutschen Gewerkschaftsbewegung* (Colonia: Pahl-Rugenstein, 1977).
- Erdmann, K. D. «Die Geschichte der Weimarer Republik als Problem der Wissenschaft», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 1955, pp. 1-19.
- Fichter, T. y Lönnendonker, S. *Kleine Geschichte des SDS. Der Sozialistische Deutsche Studentenbund von Helmut Schmidt bis Rudi Dutschke*, 4.^a ed. (Essen: Klartext-Verlag, 2007).
- Fischer, F. *Germany's Aims in the First World War* (Nueva York: W. W. Norton, 1968).
- Flechtheim, O. K. *Die KPD in der Weimarer Republik* (Fráncfort: Bollwerk-Verlag, 1948).
- Grass, G. «Die angelesene Revolution. Rede auf einer Veranstaltung des demokratischen Hochschulbundes in Bochum [1968]», en *Essays, Reden, Briefe, Kommentare* (Darmstadt: Luchterhand, 1987), pp. 297-311.
- Hoffrogge, R. «Fordismus, Eurokommunismus und Neue Linke. Thesen zu Kontinuitäten und Diskontinuitäten zwischen Arbeiterbewegung und Linker Szene in der BRD», *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung*, 2012, pp. 249-64.
- Hoffrogge, R. *Working-Class Politics in the German Revolution. Richard Müller, the Revolutionary Shop Stewards and the Origins of the Council Movement* (Leiden: Brill, 2014), pp. 197-211.
- Keßler, M. *Die Novemberrevolution und ihre Räte. Die DDR-Debatten des Jahres 1958 und die internationale Forschung* (Berlín: Helle-Panke, 2008).

- Keßler, M. *Albert Schreiner. Kommunist mit Lebensbrüchen* (Berlín: Trafo, 2014).
- Kinner, K. *Marxistische deutsche Geschichtswissenschaft 1917 bis 1933. Geschichte und Politik im Kampf der KPD* (Berlín [GDR]: Akademie Verlag, 1982).
- Kolb, E. *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik, 1918-1919* (Düsseldorf: Droste, 1962).
- Kritidis, G. *Linkssozialistische Opposition in der Ära Adenauer. Ein Beitrag zur Frühgeschichte der Bundesrepublik* (Hannover: Offizin, 2008).
- Lange, D. *Massenstreik und Schießbefehl. Generalstreik und Märzkämpfe in Berlin 1919* (Münster: Edition Assemblage, 2012).
- Lange, D. «Interview with Karl-Heinz Roth», *Arbeit–Bewegung–Geschichte. Zeitschrift für historische Studien*, I, 2016.
- Materna, I. *Der Vollzugsrat der Berliner Arbeiter- und Soldatenräte 1918/19* (Dietz: Berlín, 1978).
- Müller, R. *Eine Geschichte der Novemberrevolution* (Buchmacherei: Berlín, 2011).
- Niess, W. *Die Revolution von 1918/19 in der deutschen Geschichtsschreibung. Deutungen von der Weimarer Republik bis ins 21. Jahrhundert* (Berlín: De Gruyter, 2013).
- Peter, L. *Marx an die Uni. Die “Marburger Schule”. Geschichte, Probleme, Akteure* (Colonia: PapyRossa, 2014).
- Poscher, R. *Der Verfassungstag* (Baden Baden: Nomos, 1999).
- Retzlaw, K. *Spartakus: German Communists* (Londres, Nueva York y Melbourne: Hutchinson & Co., 1944).
- Retzlaw, K. *Spartakus–Aufstieg und Niedergang. Erinnerungen eines Parteiarbeiters* (Fráncfort del Meno: Verlag Neue Kritik, 1971).
- Roth, K.-H. y Behrens, E. *Die “andere” Arbeiterbewegung und die Entwicklung der kapitalistischen Repression von 1880 bis zur Gegenwart* (Múnich: Trikont, 1974). [Edición española: HEINZ-ROTH, Karl; EBBINGHAUS, Angelika. *El otro movimiento obrero*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2001].

- Rothfels, H. Zeitgeschichte als Aufgabe. En *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 1, 1953, pp. 1-8.
- Rürup, R. Demokratische Revolution und "dritter Weg": Die deutsche Revolution von 1918/19 in der neueren wissenschaftlichen Diskussion. En *Geschichte u. Gesellschaft*, 9, 2, 1983, pp. 278-301.
- Schneider, D. y Kuda, R. , *Arbeiterräte in der Novemberrevolution. Ideen, Wirkungen, Dokumente* (Fráncfort del Meno: Suhrkamp, 1968), pp. 50-62.
- Sonnenberg, U. *Von Marx zum Maulwurf. Linker Buchhandel in Westdeutschland in den 1970er Jahren* (Gotinga: Wallstein, 2016), pp. 49-66.
- Steffen, M. y Flörsheimer, M. «K-Gruppen», en *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, vol. 7/1 (Hamburgo: Argument, 2008).
- Theweleit, K. *Männerphantasien* (Marburgo: Roter Stern, 1973; edición inglesa *Male Fantasies*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987).
- Tormin, W. *Zwischen Rätediktatur und sozialer Demokratie. Die Geschichte der Rätebewegung in der Deutschen Revolution* (Düsseldorf: Droste, 1955).
- von Oertzen, P. *Betriebsräte in der Novemberrevolution* (Düsseldorf: Droste, 1963).
- Wehler, H.-U. *Moderne deutsche Sozialgeschichte* (Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 1966).
- Winkler, H. A. *Germany. The Long Road West, vol. 1: 1789-1933* (Oxford: Oxford University Press, 2006).
- Winkler, H. A. *Germany. The Long Road West, vol. 2: 1933-1990* (Oxford: Oxford University Press, 2007).